

## I. Génesis

—¡Antín! ¡Antín!

Las calles se cubrieron de hombres, mujeres y niños que exteriorizaban ruidosamente su alegría, como si en lo profundo de sus cuerpos hubiese estallado una acumulación de emociones que simplemente dejaban en libertad, porque ya no había válvula que las pudiese contener. ¡Libertad! Esa palabra bendita volvía a asomar en los labios de la gente para ser pronunciada sin temor. Tras diez años de dictadura, el pueblo salía a festejar el nacimiento de la Nueva República Democrática Popular Argentina.

—¡Democracia! ¡Democracia!

La tiranía llegaba a su fin. La Junta Militar instalada y sostenida exclusivamente por imperio de las armas se rindió ante aquel pueblo que reconquistó el poder y lo ejerció en las urnas. Bautista Antín, el sacrificado defensor de los derechos de pobres y oprimidos, fue electo por abrumadora mayoría presidente de la Nueva República.

—¡El Pueblo al poder! ¡El Pueblo al poder!

La gente continuaba llegando a la plaza y se agrupaba en las esquinas, formando ramilletes humanos de los que sobresalían banderas con los colores negro y blanco del Partido Democrático Popular. La fotografía de Bautista Antín y carteles con su nombre tapizaban muros, árboles y automóviles.

—¡Unidad! ¡Unidad!

En una muestra de humildad, el nuevo presidente rogó al pueblo que olvidase las diferencias sectoriales y se uniese en pos de las verdaderas metas populares: la justicia social y la igualdad. Su nombre resonaba como un himno nervioso que por primera vez lograba unificar a casi todas las gargantas.

Rindiéndose sumisamente a la decisión mayoritaria, los jefes de los otros partidos políticos —excepto uno— debieron reconocer el triunfo de Antín, y se comprometieron a apoyarlo en los difíciles primeros tiempos de su gobierno. La carga era demasiado pesada para un solo partido político, y era imprescindible que el presidente se rodease de gente lúcida, del partido que fuese, de cualquier ideología:

—El nuestro será un gobierno pragmático —había dicho Antín minutos después de conocer su triunfo—. Estamos dispuestos a aceptar un compromiso patriótico con la oposición y pedir prestadas distintas ideas a los distintos sectores, de acuerdo con la conveniencia y la necesidad de cada momento. Será un gobierno de todos, en el que todas las voces estarán representadas y serán atendidas.

Según los periódicos, Bautista Antín era el mayor de cuatro hermanos de una familia rural que dominaba una pequeña comarca ganadera de Buenos Aires, descendientes de los primeros colonos españoles que se asentaron en la región. Se decía que sus antepasados introdujeron la religión católica en esa zona ocupada por indígenas ignorantes y belicosos, y que los crucifijos y las biblias constituyeron la base moral de su poder. Inevitablemente, poco después harían falta las armas, hasta que la formación de un gobierno le dio un título legal a su ocupación de esas tierras.

Sin embargo, nadie estaba seguro de que ello fuese cierto. En realidad, su pasado era un misterio. Cuando se le preguntaba sobre su infancia y su adolescencia, se limitaba a responder:

—No interesa de dónde venimos, sino cual es nuestra misión en el mundo.

Su vida parecía haber comenzado el día que se casó con la hija del dueño de una importante editorial vinculada con la Iglesia. Había aprendido que el matrimonio es un imperativo biológico, y el amor el fruto de una costumbre generada con los años de convivencia. No dudó entonces en tomar por esposa a aquella joven sumisa y recatada, que fue su pasaporte al respaldo económico que dos años después le permitió editar su propio diario: el *Vocero Popular*.

Ser dueño de un diario, a la vez que le dio un inesperado poder, produjo serios conflictos a su vapuleada consciencia, que se vio tironeada de repente entre la humildad cristiana y la ambición humana. Pero en la misma medida en que aumentaba su fama y sus ganancias, disminuyeron sus escrúpulos.

*Vocero Popular* ofreció a sus lectores un enfoque altruista de la sociedad aunque, a diferencia de otros diarios similares, no pretendía que sus afirmaciones cargadas de emoción fuesen datos objetivos de la realidad, sino que desechaba explícitamente la objetividad por ser un prejuicio de determinadas clases sociales. Desde su primer número, Antín supo que *Vocero Popular* no estaría dirigido a quienes buscaban información objetiva, sino a quienes necesitaban una esperanza, una voz de aliento, aun una mentira, para sobrellevar sus pesadas existencias. En pocos años, ese diario se convirtió en el pregón de las clases marginadas, y su director en el representante de los desamparados y oprimidos. También fue el periódico con mayores ganancias.

La convocatoria a elecciones encontró en Bautista Antín al candidato ideal. Su popularidad, el aval del partido político más importante, una muy hábil campaña publicitaria y mucho dinero, fueron los ingredientes de un triunfo que a nadie sorprendió.

Pero previamente hizo falta que sus asesores limaran sus asperezas ideológicas y lo prepararan para gobernar el país. Lo primero fue disimular su origen religioso:

—No sabemos exactamente por qué —le dijo el jefe de su campaña a modo de excusa—, pero nuestro electorado progresista no simpatiza con la Iglesia.

—Nuestros postulados son los mismos —se quejó Antín.

—Es posible... Pero la izquierda desconfía de la Iglesia.

Finalmente Antín fue convertido en el político perfecto, capaz de hablar a los socialistas sobre las ventajas de su plan de bienestar social, a los demócratas sobre las bondades del gobierno de la mayoría, y sobre deberes morales a los conservadores.

Aquella tarde tan próxima a la asunción de su cargo, el flamante presidente de la República Democrática Popular Argentina se disponía a enfrentar a la muchedumbre, reunida frente a la sede del gobierno para escuchar su primer discurso.

Esa plaza era el símbolo de la expresión popular. Allí se reunieron multitudes para aplaudir a dictaduras militares y populistas. Era como un gigantesco corral al que la gente iba a encerrarse periódicamente, inducida por un ocasional pastor que la juntaba bajo el balcón presidencial.

Simón Varela, el anciano vicepresidente, ya ocupaba su lugar en el balcón. Era el líder de un partido poderoso en una provincia remota cuyos votos eran esenciales para controlar el Senado. La alianza permitió al Partido Democrático Popular tener mayoría en ambas Cámaras del Congreso, al precio de que Varela fuese vicepresidente. El anciano sabía que no tendría participación alguna en las decisiones, pero eso no le preocupaba. Su única aspiración era ser vicepresidente, contemplar los acontecimientos de cerca y figurar en los libros de historia.

En un rincón de la plaza, voluntariamente separado del resto, se ubicó el grupo más violento, el de los simpatizantes del Partido del Proletariado. Enarbolaban pancartas con consignas tales como: «Paredón a los enemigos del Pueblo», «Muerte a la oligarquía opresora», «Para el Pueblo lo que es del Pueblo». En sus rostros no había señales de alegría, ni esa mezcla de sumisión y devoción religiosa que reflejaban los demás. Por el contrario, eran una usina de odio y destrucción, que focalizaban en quienes consideraban sus enemigos: aquellos que tuviesen más, que supiesen más, que viviesen mejor. Su postulado era la destrucción de los sobresalientes, porque son poderosos. No eran comunistas, pues sabían que el comunismo generaba invariablemente una clase dominante. Estaban en contra de toda forma de gobierno, y propugnaban destruir a quienes pretendieran ejercer individualmente cualquier acto de poder.

Su meta era la revolución popular, en la que los obreros ocupasen las fábricas, los campesinos las tierras, los estudiantes las universidades, y el Pueblo en su conjunto gobernase sin necesidad de un gobierno. Sus hábiles activistas captaron la adhesión de quienes tenían un espíritu rebelde pero sin propósito, de los perseguidos por el gobierno militar, de los anarquistas, ecologistas, pacifistas, y de muchas personas que detestaban la injusticia, pero que al negar la existencia de absolutos no tenían forma de descubrir su origen. Los militares, los banqueros, los empresarios, los ganaderos, la Iglesia, los sindicatos y cualquier organización que representara alguna cuota de poder, sin importar su fuente, eran sus enemigos. Sus atractivos argumentos y su combatividad les proporcionaron una buena cantidad de votos y algunas bancas en el Congreso.

El Partido del Proletariado estaba vinculado también con una organización terrorista que había bañado de sangre al país en los años anteriores: el Ejército Popular Revolucionario.

A diferencia de sus miradas endurecidas por el odio, el resto de la gente conservaba sus ojos mansamente depositados en el balcón del presidente, que solo quitaban en el momento en que algún funcionario interrumpía su embeleso al prender en su pecho una escarapela negra y blanca. Hasta los militantes del Partido Nacionalista Popular dejaron de lado ese día sus estandartes azul y blanco, para colocarse las insignias con los colores del triunfador.

Los carteristas veían su trabajo facilitado por aquella manifestación de misticismo social, y mientras la gente se despojaba de su individualidad, ellos los despojaban de su dinero.

La multitud debió esperar dos horas más allá el momento anunciado para ver al presidente Antín en el balcón, enfrentado a los micrófonos que difundieron su voz por los parlantes diseminados en la plaza y a las cámaras de la televisión estatal que transmitieron su imagen directamente hacia todos los receptores del país. Su ingreso al balcón, precedido por varios funcionarios de alto rango, arrancó una ovación ensordecedora, pronunciada casi al unísono por miles de personas.

El abundante maquillaje que cubría su rostro no pudo evitar que en los planos cortos se notasen las pronunciadas ojeras, los párpados hinchados y la palidez de su semblante, resaltada por el contraste con sus bigotes negros. Su aspecto era el producto de los últimos meses de intensa campaña electoral, durante los cuales recorrió pueblos que no conocía anteriormente, y en los que no volvió a interesarse después del escrutinio, pero en cuyos habitantes supo dejar la sensación de que las cosas mejorarían si él ganaba. Su sonrisa contagiosa, su trato paternal y una oratoria cargada de adjetivos y emoción, entusiasmaron a quienes buscaban a alguien que los relevara de la pesada carga de tomar decisiones. Esa clase de gente, que abundaba en el país, decidió su triunfo.

—Hoy venimos a hablarles por primera vez como el presidente de nuestra nueva República Democrática Popular Argentina...

Un rugido ensordecedor y el agitar de banderas negras y blancas interrumpió durante unos segundos sus primeras palabras. Lo mismo volvería a suceder muchas veces a lo largo de la noche.

—... Hoy el Pueblo se reencuentra con la Democracia... Una Democracia reconquistada en las urnas. Hoy poseen la libertad plena que solo se puede gozar cuando decide la mayoría y no un grupo que pretende gobernar según sus intereses personales. Aspiramos, humildemente, a guiarlos con rectitud para salir de la grave crisis en la que nos hallamos sumergidos, para que con el esfuerzo solidario de todos, con ese glorioso sacrificio desinteresado que solo pueden ofrecer quienes aman a sus semejantes más allá de toda ambición, construyamos la Nación pacífica y humanitaria que todos anhelamos...

En la sala de su departamento, hundido en un sillón de cuero, con los pies descalzos sobre una banqueta, un hombre observaba aquel espectáculo por televisión. A diferencia de lo que ocurría con el resto de la gente, esa observación no provocaba en él reacciones emocionales perceptibles, pues la información que recogían sus sentidos parecía ser procesada por su cerebro de un modo diferente. En lugar de concentrarse en los gritos y la euforia, aquel hombre se mantenía indiferente a tales manifestaciones y solo ocupado en los conceptos.

Las personas reunidas en la plaza actuaban por contagio: cada uno sentía la felicidad que los demás aparentaban, por presumirla en ellos. En cambio, Leonardo Lagos integraba la evidencia de acuerdo con la lógica, y el resultado de ese proceso se exteriorizaba en dos pronunciadas arrugas en el entrecejo, del tipo que denuncian preocupación.

Presidía el Partido Capitalista, el único de los que participaron en las elecciones que rehusó integrar la coalición que dio nacimiento a la Nueva República. Por ese motivo y muchas otras razones, era considerado un enemigo del nuevo proceso democrático. Su excesiva frialdad y una obstinación indoblegable al pedir explicaciones racionales aun para aquello que la gente aceptaba emocionalmente, lo convertían en un ser detestado.

Su partido casi no había hecho campaña electoral, más allá de la presencia de sus organizadores en aquellos lugares donde la gente demostraba interés en escucharlos. Allí explicaron que procurarían que el gobierno se ocupase de sus funciones específicas. Respondiendo preguntas concretas, hablaron de eliminar la facultad del gobierno de iniciar el uso de la fuerza. Proponían derogar las tres cuartas partes de las leyes vigentes y modificar el restante para que sirviese a la protección de los derechos.

Los pocos simpatizantes visibles de ese partido solían contestar a las críticas de sus adversarios con frases que se hicieron famosas, porque eran repetidas con sorna por quienes pretendían burlarse de ellos: «Los hombres son seres humanos y no ganado», «la justicia social es la mayor injusticia», «una pistola no es un argumento».

Cuando Leonardo Lagos recibió el cheque que el gobierno le entregó para financiar la campaña del partido, lo rompió frente a las cámaras de televisión, mientras explicaba que era un crimen obligar a la gente a pagar campañas políticas. Estuvo a punto de ir a la cárcel por violar la ley electoral.

El dinero que los organizadores del Partido Capitalista estuvieron dispuestos a invertir, se usó para publicar un aviso de una página en todos los periódicos el día anterior a las elecciones. El aviso decía:

LA ÚNICA FUNCIÓN DEL GOBIERNO  
ES PROTEGER LOS DERECHOS



No obstante que el Partido Capitalista no era tenido en cuenta en las encuestas previas a la elección, sorprendentemente consiguió suficientes votos para ocupar una banca en el Congreso. Eso lo convirtió en uno de los cuatro partidos con representación parlamentaria.

Cuando un periodista preguntó a Leonardo Lagos su opinión acerca del triunfo de Antín, respondió:

—Cada sociedad se organiza políticamente de acuerdo con los valores de sus integrantes. Las consecuencias de la elección se verán pronto.

—P...pero... ¿Usted cree que el presidente Antín no va a cumplir con sus promesas electorales? —preguntó algo incómodo el periodista.

—Me preocupa que intente hacerlo.

—No lo entiendo...

—Pronto lo entenderá.

Lagos no sentía ningún respeto por los periodistas, no se preocupaba por las encuestas o el resultado de una elección, ni demostraba emoción alguna frente a lo que los demás opinaban sobre él. Pero reaccionaba con una fuerza incontenible ante un dilema moral.

El único objetivo de su partido era obligar al gobierno a respetar y proteger los derechos. Dicha tarea suponía la férrea afirmación de cada principio involucrado, sin evasivas, sin retórica, utilizando las palabras como estocadas de un florete que ya había atravesado varias veces el cuerpo de su enemigo, un conglomerado fofo de conceptos robados, contradicciones, racionalizaciones, mentiras y misticismo social, que ganaba terreno en la medida en que la gente prefería abandonarse a la inercia de la masa, en lugar de pensar con su propio cerebro.

Los políticos formaban una casta, que como todas las castas tenía reglas estrictas. La primera prohibía tratar frontalmente las cuestiones de principios. Leonardo Lagos violó sistemáticamente esas reglas, y ello lo hacía peligrosamente imprevisible.

No se podía confiar en un partido integrado por hombres que basaban su conducta exclusivamente en principios morales. Nadie quería siquiera mencionar su nombre; y sin embargo, el Partido Capitalista tenía un diputado en el Congreso, con quien deberían convivir.

—... Nuestro gobierno es el gobierno del Pueblo —continuaba el flamante presidente—. Nuestro poder emana de la libre decisión de la mayoría, que eligió a nuestro Partido porque es el que mejor ha sabido identificar las necesidades de los más humildes. Ahora que la campaña ha culminado, es nuestra intención asegurarles que nuestras promesas serán cumplidas. Un cuerpo de reconocidos expertos en temas sociales, económicos y culturales, analizan los graves problemas heredados y buscan las soluciones que permitan evitar el costo social para los sectores carenciados. No queremos agobiar al Pueblo con detalles técnicos, pero tengan fe en que los problemas se solucionarán de la mejor manera posible gracias a la fuerza de la Democracia... Pero sí podemos hacer un anuncio concreto, que hemos querido dar a conocer aquí: tal como prometimos en la campaña, en breve será establecido un tribunal popular, para juzgar y castigar los horrendos crímenes contra el Pueblo cometidos durante la dictadura militar...

La masa manifestó su aprobación del único modo en que puede hacerlo, con un violento rugido. Uno de los puntos expuestos con mayor predicamento durante la campaña de Antín, fue que todos los sectores debían participar en el juicio a los militares, pues sus crímenes habían perdido su calidad de individuales y afectaban al pueblo en su conjunto.

Al principio, Antín se negó a una persecución contra los militares. A él no lo habían molestado nunca, y en cierto modo ganó las elecciones con su apoyo. Incluso había prometido a algunos generales que no serían juzgados, y

ello significaba dar su palabra. Pero sus asesores lo convencieron de que esos acuerdos fueron celebrados en circunstancias históricas distintas. Cuando él buscó el apoyo de los militares, ellos detentaban el poder; pero ahora el poder lo tenía el Pueblo, de modo que era más importante acatar la voluntad popular que cumplir esos pactos. Debía perseguir su objetivo final por encima de cualquier compromiso individual.

Su Ministro de Justicia le explicó que la dictadura había sido tan cruel, los crímenes tan aberrantes y reiterados, que los responsables no podían ser juzgados por jueces comunes. Era necesario que todos los sectores sociales compartiesen la responsabilidad de la decisión.

Los radicales del Partido del Proletariado fueron los únicos disconformes con el anuncio presidencial, pues consideraban que un juicio era una formalidad innecesaria. Sus consignas eran: «Muerte a los militares», «Castigo a los culpables», «El Pueblo ya los juzgó».

—... Nosotros, que durante la campaña electoral hemos llegado hasta los lugares más apartados del país, conocemos las penurias de quienes han sido explotados por patrones desaprensivos, sin contar con la adecuada protección de las leyes. Estamos persuadidos de que debemos dar alguna solución inmediata para ellos... Hemos enviado al Congreso un proyecto de ley que dispone que los trabajadores no podrán ganar menos de cien pesos al mes, y que cualquier salario inferior se elevará automáticamente a esa suma, que es la cantidad que nuestros expertos han calculado que necesita una familia tipo para vivir con dignidad. No es nuestra intención alterar la libertad de contratación, pero debemos reglamentarla para que sea ejercida por todos en igualdad de condiciones. Sabemos que mientras un hombre no cubra sus necesidades básicas es absurdo hablar de libertad. Apelamos a los sentimientos más profundos y la buena voluntad de los empresarios, para que en estos momentos de crisis

compartan los esfuerzos que demanda la reconstrucción de la Nación, resignando una parte de sus ganancias a favor de los obreros, que son quienes en definitiva las producen. Todos juntos debemos poner el hombro para salir adelante. Si fuimos capaces de derrotar a la dictadura, también podremos acabar con el hambre y alcanzar la igualdad.

Una nueva manifestación de alegría explotó en cada rincón de la plaza. Las campanas de la Catedral replicaban insistentemente, mientras cientos de jóvenes, tomados de las manos, se bamboleaban siguiendo su compás. Algunos lloraban emocionados, todos coreaban mecánicamente el nombre del presidente.

—¡Antín! ¡Antín!

Leonardo Lagos pensó que, como el resto de los políticos, Antín usaba el plural, jamás el singular, para conjugar la primera persona de los verbos. La ética imperante era el producto acabado de un proceso de despersonalización, que alimentaba esa negativa a aceptar que el hombre es un individuo.

El discurso concluyó. El presidente saludó durante algunos minutos a la gente, levantando su mano aferrada a la del vicepresidente, que estaba mudo por la emoción, y después penetró en el edificio, seguido por una veintena de funcionarios.

La gente permaneció saltando y gritando, en ese trance que los ayudaba a convencerse mutuamente de que estaban felices. Por primera vez eran gobernados por alguien que les aseguraba que no debían preocuparse por los problemas. La justicia social permitiría acabar con la pobreza, distribuyendo equitativamente la escasez entre todos, a cada cual según sus necesidades. Era el fin de la angustiada realidad de millones de personas que hasta entonces padecían un mundo donde los bienes eran repartidos en forma desigual entre ricos y pobres, triunfadores y perdedores, inteligentes y brutos, talentosos e

inútiles. Si aún quedaba bastante riqueza para que todos cubriesen sus necesidades elementales, ¿por qué algunos tenían más de lo necesario mientras otros morían de hambre? Por primera vez, alguien suficientemente sensible como para comprender el clamor popular, había hecho suya esa pregunta y estaba dispuesto a darle la respuesta que el pueblo consideraba adecuada. Era la revolución tan ansiada, la revolución en paz, la revolución social que acabaría con principios caducos como el de los derechos absolutos, pues, como había dicho el presidente, no se puede hablar de derechos cuando se padece hambre.

Leonardo Lagos apagó el televisor, puso a girar el segundo concierto de Rachmaninoff, y fue a la cocina a preparar más té. Mientras miles de personas continuaban bailando y gritando en la plaza, su reflexivo silencio delataba una preocupación creciente.

\* \* \*

Los últimos días de marzo marcaban el fin del verano y la transición hacia un invierno intenso. En esas mañanas soplaban el aire fresco del sur, y los árboles comenzaban a perder sus hojas, formando el anticipo de lo que días más tarde sería un dorado colchón tendido sobre las calles de la ciudad, dispuesto a entorpecer el paso de los ancianos y estimular la imaginación de los niños. Pero ello no le ocurría a Joaquín Irusta. El frío aumentaba su productividad, y por eso, en cierto modo, era su combustible.

Sentado frente a un escritorio poblado de papeles, observaba a través de los ventanales de su oficina la generación ininterrumpida de riqueza. No podía evitar que sus ojos se distrajeran cada tanto hacia las máquinas, reconociendo en ellas la razón de existir de los papeles en los que intentaba concentrarse.

Tenía frente a sí un pedido de remaches y bulones para una empresa ferroviaria, y a su lado en ejemplar de *El*

*Republicano* con la transcripción del discurso presidencial de la noche anterior. Lo preocupaba pensar que ese discurso era más importante para tomar su decisión que los informes de sus técnicos.

Muchas veces había escuchado a políticos anunciando planes de bienestar y prosperidad un día, y archivarlos al siguiente, al reconocer que la realidad no puede ser alterada por caprichos, gustos o necesidades. Sin embargo, lo atemorizaba la convicción con la que Antón pronunciaba sus discursos. No podía determinar aún si esa actitud era el resultado de sus dotes histriónicas o la expresión de auténtico convencimiento. Lo primero era inmoral, pero lo segundo podía ser más peligroso.

Esa mañana esperaba la llamada del dueño de un astillero, con quien discutió durante meses la venta de remaches para su nuevo modelo de lanchas. Cuando su secretaria le anunció la comunicación esperada, dejó a un lado *El Republicano*, tomó el receptor y habló con la seguridad de tener toda la información necesaria:

—Sí... ¿cómo está usted?... Pienso que ya es hora de concretar nuestro negocio... Usted sabe que nadie podrá ofrecerle un trato mejor... Sí, sé que ellos podrían venderle más barato, pero el flete desde Europa coloca su precio final por encima del mío... Sí..., siempre lo hago... Es la única forma de saber cómo invertir mi dinero... Además, le advierto que ellos pueden vender tan barato porque los subsidia su gobierno socialista. Tener tratos con ellos le pude ocasionar dos tipos de conflictos: uno moral, pues contrataría con criminales, y otro comercial, porque los subsidios pueden acabarse en cualquier momento y usted perder a su proveedor... El precio que le di es el último que pienso ofrecer. Por debajo de él no tengo interés en invertir tanto tiempo y capital. Tómelo o déjelo... Usted sabe lo que vale mi palabra. En la medida en que no surjan hechos que escapen a mi control, podré cumplir con las entregas que me pide... Bien...

Mi abogado se comunicará con el suyo para preparar el contrato... Que tenga un buen día.

Meses de delicadas negociaciones en las que todos los aspectos fueron ponderados, concluyeron con ese acuerdo. Pero pese a su satisfacción, mantenía un resabio de cautelosa duda. Por un instante pensó en los «hechos que podían escapar a su control» y miró la fotografía del nuevo presidente, en la portada de *El Republicano*.

La apertura intempestiva de la puerta interrumpió sus pensamientos. Ingrid entró y permaneció parada frente a él con sus manos entrelazadas, presionando mutuamente ambos pulgares. Era una mujer de edad indefinida, delgada y muy rubia, dotada de una nórdica inexpresividad; pero ahora su rostro estaba marcada por líneas de preocupación, lo que generalmente anunciaba problemas. Su mente analítica estaba preparada para desmenuzar las proposiciones y reducirlas a concretos fácilmente identificables, en forma eficiente y rápida. En la esfera de su competencia, resolvía los problemas con la frialdad de un experto cirujano, manejando su sentido común como un filoso bisturí. Pero en ocasiones, cuando ciertas situaciones escapaban a su razonamiento, se la veía desorientada y angustiada. Esa era la clase de situaciones que también preocupaban a su jefe.

—Señor, hay tres obreros que insisten en verlo. Dicen ser del sindicato y quieren hablar sobre los nuevos salarios que dispuso ayer el presidente...

Irusta le echó una mirada fulminante. Pero sus ojos se encontraron con un rostro que solo reflejaba confusión.

—... Eso es lo que ellos dicen —aclaró a modo de excusa.

Su impulso inicial fue ordenarle que los mandara a trabajar. No les pagaba para que perdieran el tiempo. Pero cuando su cerebro integró los últimos datos, evocando la imagen de miles de personas fanatizadas que colmaban la plaza la tarde anterior, se sintió tan confundido como

ella. Aún la miraba con ojos que decían: «que se vayan a trabajar», pero inmediatamente los cerró.

—Está bien, Ingrid, que entren.

No eran frecuentes las presiones sindicales en la fábrica de Irusta. Era un negociante implacable, pero esencialmente justo. Su personalidad infundía confianza y respeto en quienes tenían tratos con él, pues su conducta era guiada por un código inalterable, en cuyo cumplimiento empeñaba su honor. Era ese tipo de personas a las que no se pueden reprochar sus actos, como no puede reprocharse la aparición del sol por la mañana. Sus respuestas eran tan inexorablemente previsibles como las leyes de la física.

Los tres hombres que ingresaron en el despacho vestían impecables mamelucos blancos, que no delataban contacto alguno con las máquinas. Dos eran fornidos, de largos bigotes y manos grandes y percutidas. El tercero, a quien veía por primera vez, era menudo, de tez pálida y manos suaves, con dedos largos y finos que no mostraban huellas de maltrato físico.

—Señor Irusta —dijo este último—, venimos en representación de los trabajadores, para exigir el cumplimiento de lo que dispuso ayer el presidente.

Hizo una pausa para evaluar la primera reacción de Irusta. Los tres hombres permanecieron inmóviles, parados frente al escritorio durante algunos instantes, esperando en vano. El rostro del industrial no experimentó ninguna alteración que ellos pudiesen percibir. No lograron adivinar si estaba enojado, preocupado, interesado o indiferente, si lo escuchaba o no. Solamente miraba a los ojos de su interlocutor con una frialdad que parecía de muerte. El hombre continuó, moderando su tono:

—Como usted sabe, cuando se apruebe la ley de salarios mínimos, el sueldo de los trabajadores deberá subir automáticamente por encima de cien pesos.



—¿Con qué derecho pretende alterar nuestros contratos?

—¿Derecho?... Lo dijo el presidente.

—No es suficiente.

—Nuestro sindicato es uno de los más poderosos de la Unión Central de Gremios..., y usted es uno solo.

—Yo soy el dueño.

La voz y el rostro de Irusta le conferían el aspecto de un científico que experimentaba una nueva sustancia sobre sus cobayos, sin aventurar conclusiones hasta contar con todos los datos. La sustancia que empleaba era la moral objetiva, y el efecto en sus cobayos era equivalente al que produciría el ácido sulfúrico sobre la piel de un bebé.

—Somos hombres razonables y no queremos perjudicarlo. Entendemos sus intereses, pero en épocas de crisis lo primero es conservar la fuente de trabajo. Traemos una lista de reformas. Cuando la lea, verá que pedimos mucho menos de lo que podríamos lograr por la vía legal.

—¿Reconoce la inmoralidad de su afirmación o pretende en ella algún rastro de valor? —lo interrumpió inesperadamente. Esta vez su rostro adquirió una expresión severa y sus ojos brillaron de manera fulminante, de un modo que hizo tartamudear al hombre que tenía frente a sí.

—N...no lo entendemos.

—No existe tal cosa como una fuente de trabajo. El trabajo no brota entre las piedras, no es una riqueza natural ni existen fuentes que lo generen. Una empresa no es un lugar creado misteriosamente por algún designio del destino para satisfacer las necesidades de la gente; es el fruto del talento, del esfuerzo y del capital, y esas tres cosas solo pueden salir de un ser humano productivo. Esta empresa es mía, cada ladrillo, cada máquina, el escritorio sobre el que está dejando sus huellas. Celebramos contratos en condiciones aceptadas de común acuerdo. La fuente de su salario es el contrato y no sus

necesidades. Mi pregunta es si niega estos hechos pretendiendo un error de conocimiento, o reconociendo un error moral.

Irusta miró los ojos de ese hombre como si nada más en la habitación existiese, como si su espontáneo arranque de ira fuese la aceptación de un reto a duelo moral. En cierto modo, el rostro del obrero adoptó la expresión de quien recibe el golpe de un guante.

—Usted es un hombre rico —respondió bajando un poco la vista. Arrastró cada palabra como si suplicara, aunque los hombres del sindicato jamás suplican—. Esta empresa es próspera... Es un acto de caridad repartir el dinero con sus semejantes... Disminuir un poco sus ganancias no lo empobrecerá, y podrá satisfacer las necesidades de muchas familias a las cuales lo que ganan no les alcanza para vivir. Su acto caritativo sería útil para muchos, y lo enaltecería como ser humano.

Irusta se sorprendió al escuchar el verbo «enaltecer», porque era una bella palabra para ser usada en ese contexto y por aquel hombre. Sonaba como un resto fósil de lo que alguna vez fue un lenguaje objetivo. Pensó en la forma en que él se enalteció como ser humano a lo largo de su vida: produciendo cada día más, trabajando cada vez mejor, demostrando su talento en la prueba de fuego de las negociaciones diarias, sin pedir la ayuda de nadie, sin exigir colaboración caritativa a punta de pistola. Un ser humano se enaltece sosteniendo sin claudicación valores adecuados a su naturaleza.

Pensó en una frase que pudiese condensar lo que sentía al evocar el enaltecimiento del hombre, trató de hilvanar palabras, de redondear una oración, hasta que vio a través de la ventana la viga de hierro, perfecta, sólida, sin defectos, que colgaba como un símbolo en la entrada de la planta.

—¿Ve aquella viga?

—Sí.

—Es el producto de cerebros, no de músculos; de contratos, no de violencia.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos discutiendo?

—Es mi respuesta.

—No lo comprendo.

—Usted habla de caridad hecha a punta de pistola. Pero una pistola no es un argumento.

—No mencione esa maldita frase capitalista... ¿Por qué habla de armas? Solo le pedimos que sea un poco más caritativo. No hemos mencionado ninguna pistola.

—¿Y si no quiero ser caritativo?

—Entonces nos veremos obligados a denunciarlo al Ministerio de Trabajo.

—¡Ahí están las pistolas! Para hablar de caridad yo debería estar dispuesto a darles dinero como limosna y ustedes a recibirlo como tal, sin pretender que tienen derecho a él. Pero ni ustedes ni yo nos comportamos de ese modo.

Aquellos hombres que intentaban una extorsión legal, jamás permitirían que el hilo de la conversación los condujese hacia un terreno donde tal circunstancia se hiciera evidente. Irusta lo comprendió enseguida y supo que no era razonable extender la audiencia.

—Dejen el papel sobre el escritorio —dijo recuperando la frialdad—. Lo estudiaré como si fuese una carta de rescate escrita por secuestradores extorsivos.

Al salir de la oficina, los obreros se cruzaron con dos hombres que los miraron con desprecio. Pablo Vargas y Luis Romero habían esperado afuera y entrado de inmediato. Vargas fue el primero en hablar:

—Joaquín, ¿qué te han dicho esos hombres?

—Que ya no soy dueño de mi empresa.

Un par de surcos se marcaron en la frente de Romero. Era un hombre fornido, cuyos principios morales eran sostenidos con una conducta tan recta como las vigas de

hierro que contribuía a producir. Fue el primer peón que contrató el padre de Joaquín cuando la vieja herrería comenzó a crecer. Con los años se convirtió en el capataz.

—No hay que ceder, Joaquín —le dijo Vargas—, pero su voz sonó más a una expresión de deseos que a una afirmación.

—Jamás he cedido.

Eso era cierto. Irusta resistió con entereza los vaivenes políticos y económicos. Nunca pidió un subsidio y se enfurecía ante la insinuación de que la suya fuese una industria incipiente. Al contrario, exhibía con orgullo sus modernas máquinas y sus balances positivos.

El secreto de su éxito consistía en aplicar todos sus esfuerzos en consonancia con la lógica. Pero esa misma lógica le permitía deducir ahora que, lejos del bienestar y prosperidad que anunciaba el presidente, todo hacía presagiar tiempos más duros.

Su pesimismo acerca de las posibilidades de éxito del nuevo gobierno era criticado duramente por quienes se guiaban por la supersticiosa idea de que el bienestar depende solamente de que todos piensen que las cosas marchan bien. Pero él oponía como prueba de su temor la visión de miles de personas fanatizadas en una plaza, regocijándose ante la idea de ver aumentados sus salarios por la decisión de quien nada tiene que ver con la redacción de los contratos que los generan, ni con la creación de la riqueza con la que se pagan.

Manejaba su vida con hechos, no con fantasías, porque sabía que dejar de lado la realidad y vivir de fantasías equivalía al suicidio.

—No pienso ceder —le repitió a Vargas—. He empeñado mi honor en mantener esta empresa...

Su rostro fue perdiendo poco a poco su color, empalideciendo a medida que pronunciaba cada palabra, con cada recuerdo que afloraba a su consciencia. Sus pupilas se apagaron, dejando al desnudo un abatimiento que no

podía ocultar, mientras releía el pedazo de papel arrugado que contenía las exigencias del sindicato. De pronto se sintió cansado.

—... No pienso ceder, pero por hoy ya he tenido suficiente... Déjenme solo.

\* \* \*

Existen materiales que por decisión del hombre han sido destinados a coexistir de determinada manera, para formar objetos más complejos. La madera, la cerámica, el ladrillo y el bronce son de esa clase. Sus distintas combinaciones permiten construir ambientes acogedores, cálidos, cómodos para la habitación humana.

En aquel lugar, la madera oscura y bien lustrada formaba escaleras, barandales dispuestos para separar los ambientes, y revestía columnas, aportando calidez. La cerámica roja cubría el piso de todos los niveles y el ladrillo esmaltado transmitía su fortaleza desnuda a los muros. La luz tenue manaba de lámparas de cristal y bronce que pendían del techo, colocadas estratégicamente sobre la superficie del amplio salón, y de pequeños candelabros de bronce con velas sobre cada una de las mesas, las que a pesar de su cantidad, se aislaban unas de otras gracias a desniveles, barandas y grandes plantas que garantizaban intimidad. Ello permitía que más de cien personas cenaran y charlaran tranquilamente en grupos de dos o cuatro, sin que hubiese más contacto entre cada grupo que el ocasional cruce a la entrada de aquel restaurante exclusivo.

Sin embargo, todas las cabezas giraron y espionaron con dificultad a través de los barrotes de las barandas, o abrieron paso a su vista entre las plantas, para observar el ingreso de la pareja más famosa del momento.

El métre los saludó con un ademán excesivo, llamando a cada uno por su nombre y caminó delante suyo,

conduciéndolos hasta la mesa que tenían reservada. Acomodó la silla de la dama y con una leve reverencia les extendió el menú.

La visión de aquella pareja rememoraba las descripciones literarias de personajes perfectos, que se hacía en épocas en que la perfección aún era aceptada. El vestía un smoking tan negro como su cabello. Sus ciento noventa centímetros de altura formaban un cuerpo estilizado, de miembros finos y largos que se movían con elegancia. Ella lucía un vestido verde de seda, absolutamente ceñido a su cuerpo, que delataba cada curva de una figura ideal, que atrapaba fatalmente la mirada de quienes cruzaban a su paso. Su cabellera rubia, casi blanca, caía suelta sobre los hombros desnudos, y sus ojos verdes brillaban tanto como las esmeraldas de sus aros y collar. Las joyas no resaltaban ni desentonaban en el cuadro general de su aspecto; más bien eran el complemento natural a su belleza.

Las revistas dedicadas a crear un mundo de fantasía en el que quienes vivían de segunda mano entraban por unos centavos, sostenían que Leonardo Lagos y Marlene Meyer formaban la pareja ideal. A él se lo consideraba el hombre más apuesto, próspero, inteligente y refinado; ella era propietaria de una belleza y sensualidad inusuales. Durante las últimas tres semanas se los había visto juntos cenando, bailando, en teatros y cines, o en fiestas muy exclusivas, alimentando la imaginación de quienes decidieron que sus vidas excedían la esfera de lo privado, convirtiéndose en objeto de la consideración popular.

Marlene se conducía en esa semi intimidad con la misma naturalidad con la que caminaba sobre las tablas del teatro o los sets de filmación. Su belleza, una actitud provocativa que lucía permanentemente con espontaneidad y una memoria implacable, la convirtieron en la actriz más famosa del momento. Todos los jueves, la gente petrificaba su humanidad frente al televisor entre

las diez y las once de la noche, para vivir su personificación de una bella arquitecta a la que le ocurrían cosas increíbles.

En la mesa más apartada del restaurante, la pareja fue ajena a las miradas y murmuraciones de gente que los observaba con una mezcla de admiración, temor y envidia, considerándolos seres distintos, superiores, que serían perfectos si la perfección fuese compatible con la condición humana.

Leonardo bebió un sorbo de champagne y posó su mirada sobre los ojos claros y brillantes de Marlene, que lo veían con una dulzura especial. Pensó que era una mujer extraña. Por momentos mostraba superficialidad y hacía la clase de comentarios que se esperarían de una frívola actriz. Pero en ocasiones, su rostro se transformaba en un vivaz halo de luz, capaz de generar una energía incontenible, producto de una pasión en parte oculta, en parte reprimida. Esos momentos eran los que atraían a Leonardo.

Marlene tomó su mano, obligándolo a dejar la copa sobre la mesa, y la retuvo unos instantes entre sus dedos finos, cálidos y suaves. La acercó hasta su boca, apoyando sus labios sobre los delgados nudillos. Lo miró fijamente a los ojos, de la manera en que lo había hecho muy pocas veces, penetrando su mirada en las pupilas de Leonardo, con la frustración de ver cómo su energía moría allí, por falta de receptividad.

—Hace dos semanas que nos vemos, cenamos, bailamos, vamos al teatro. He pasado momentos inolvidables a tu lado.

—Sí, yo también.

—¿Qué haremos después?

—No sé... ¿qué quieres hacer?

Ella soltó su mano y aferró la copa.

—¿No te gusto?

—Sí..., mucho.

—Normalmente tengo problemas para deshacerme de los hombres. Confunden mi aspecto y el medio en el que vivo con mi conducta y piensan que soy un objeto para su satisfacción. Pero vos sos diferente... me tratás de otro modo, me mirás de otro modo, producís reacciones en mí que ni siquiera imaginaba... Durante estas semanas he estado esperando que me expliques qué ocurre, por qué actuás así, por qué me siento así, que esperarás de mí.

—No espero nada.

—Yo elijo a mis hombres. Sabés que sos uno de ellos, y sin embargo, ni siquiera intentaste tocarme. ¿Cuál es el problema?

—Ninguno... Vos elegís a tus hombres..., yo elijo a mis mujeres.

Marlene no sabía por qué estaba diciendo esas cosas.

—P...pero ¿qué más hace falta? Jamás pensé que sentiría algo así por un hombre... No sé... No puedo explicarlo..., siento como si fueses el hombre con el que soñaba de niña..., el hombre a cuyo lado quisiera morir.

—Yo quiero vivir.

Las palabras de Leonardo sonaban duras, pero no mecánicas ni hirientes. Hablaba con naturalidad, de un modo tan familiar y calmado que la impresión que causaron en Marlene aminoró su intensidad. Sin esperar su respuesta continuó:

—Yo no busco sensaciones, sino sentimientos, precisamente porque las sensaciones son consecuencia de sentimientos definidos. El amor no es un sentimiento irracional, no tiene ninguna causa misteriosa o sobrenatural, se basa en los valores de aquel a quien se ama. Si estuviera enamorado de vos, ya mismo te llevaría a mi casa para celebrar ese amor. Pero yo no te amo.

—Yo sí te amo —fue la respuesta casi suplicante de Marlene.

Leonardo tomó su mano, la miró con ternura, movido por el reconocimiento a su sinceridad. En los últimos



tiempos esa escena se había repetido. Mujeres hermosas, inteligentes, dispuestas, fueron sistemáticamente rechazadas con una indiferencia contra la que él mismo luchaba con denuedo. ¿Era posible que existiese la mujer perfecta? ¿Era alcanzable su ideal de amor? Hubiese querido sentir aunque fuese un destello de amor por aquella mujer para compensar el dolor que le estaba ocasionando. Pero sabía que en caso de intentar complacerla, a lo sumo sus esfuerzos se traducirían en piedad..., y era preferible la indiferencia.

Ella lo seguía mirando. Había dejado una confesión flotando en el ambiente con la esperanza de una reacción, mientras frotaba con suavidad sus dedos, mirándolo a los ojos. El trató de no herirla demasiado, pero no pudo responder otra cosa:

—Ese es tu problema.